

Más allá del estado y la política pública: aportes de organizaciones, colectivos y redes en Guadalajara

CARMEN LETICIA DÍAZ ALBA

Las organizaciones sociales tienen un papel fundamental en la promoción, defensa y ampliación de derechos, la participación ciudadana y la democracia. Esta sociedad civil organizada dista mucho de ser un actor homogéneo, y no se circunscribe a organizaciones formalmente constituidas. Hay múltiples formas organizativas como agrupaciones, colectivos y redes que no están constituidas de manera formal ni legal como asociación civil, no reciben recursos económicos para llevar a cabo sus actividades, no suelen contar con un espacio de trabajo y se mueven más en una lógica de movimiento social que de organización no gubernamental (ONG).

Sin embargo, esto no significa que no tengan aportes para la construcción de ciudadanía, impacten en el ámbito público y se conviertan en espacios de politización. Aunque no sean reconocidas —y no pretendan serlo— dentro de los parámetros de leyes e iniciativas que contemplan la participación ciudadana por la vía institucional, son fundamentales para la construcción de ciudadanía. Este tipo de organizaciones, que no siempre se vinculan con el estado y de forma deliberada no buscan institucionalizarse, suelen tener desconfianza con respecto al gobierno y los partidos políticos, trabajan a partir de sus propios medios y recursos, a sus tiempos y ritmos. ¿Cómo se organizan y sostienen estos esfuerzos? ¿Qué dificultades enfrentan? ¿Cuáles son sus aportes? En este capítulo propongo analizar estas interrogantes, los desafíos que enfrentan, así como algunos de sus aportes, a partir de esfuerzos cotidianos con miras a la transformación social.

Analizar la multiplicidad de iniciativas de este tipo que existen en la zona metropolitana de Guadalajara rebasa el alcance de este texto.

En cambio, propongo retomar algunos de los planteamientos que diversos autores hacen sobre estas organizaciones para ejemplificarlo en colectivos y redes en esta ciudad, y analizar sus lógicas, alcances y desafíos, a partir de trabajo etnográfico y observación participante en espacios feministas y de movilidad urbana, a lo largo de los últimos diez años en Guadalajara.

LA ACCIÓN COLECTIVA FUERA DE LÓGICAS INSTITUCIONALES

El estudio de las organizaciones sociales en América Latina ha estado marcado, en las últimas décadas, por un énfasis en la categoría de sociedad civil y en la proliferación de ONG. Este enfoque ha tendido a reducir la complejidad de las experiencias organizativas a marcos institucionales de corte liberal, en los que la participación social se concibe sobre todo como incidencia en políticas públicas a través de mecanismos formales de interlocución con el estado. Sin embargo, numerosas experiencias en la región muestran que existen formas de organización social que desbordan esa lógica, y articulan prácticas de autonomía, autogobierno y construcción de alternativas.

Escobar (1995) ha señalado que la expansión de las ONG responde a la lógica del “desarrollo” como dispositivo de control, que institucionaliza y domestica la acción colectiva. Por su parte, Álvarez (1998) mostró cómo los feminismos latinoamericanos enfrentaron procesos de ongización que, si bien ampliaron ciertos márgenes de acción, también limitaron las posibilidades de confrontación política y arraigo comunitario. Estas críticas coinciden en señalar que la lógica ONG privilegia la profesionalización, la dependencia de recursos externos y la incidencia institucionalizada, lo que restringe la construcción de sujetos colectivos con capacidad de disputa más allá de los marcos estatales.

Gutiérrez Aguilar (2017) invita a pensar en los “entramados comunitarios” como formas de acción colectiva que producen normatividades y sentidos propios, sin necesidad de traducirse a las categorías estatales. Desde esta perspectiva, las organizaciones sociales que se sitúan fuera de la lógica ONG no solo disputan políticas públicas sino que construyen proyectos de vida alternativos, anclados en economías comunitarias, prácticas de cuidado y formas de autogobierno.

En el libro *Repensar los movimientos sociales*, Alonso (2013) hace un recuento de los principales debates en torno a las teorías de los movimientos sociales, y subraya el potencial de transformación de las luchas anticapitalistas y más allá del estado. En ese sentido, Martínez y Casado (2013) hacen una crítica a las teorías que analizan movimientos y organizaciones sociales solo privilegiando su relación con los sistemas políticos institucionales. Argumentan que esta perspectiva reduce la acción de estas iniciativas a protestas y posibles negociaciones con el estado, y dejan de lado su aporte a la creación de procesos emancipatorios. Para estos autores, las organizaciones sociales no solo buscan incidir en el estado sino también generar cambios culturales en la sociedad a través de la educación y la concientización.

Martínez, Casado e Ibarra (2012) plantean que los movimientos emancipatorios buscan “la transformación de las prácticas personales y colectivas que en lo cotidiano inferiorizan y subordinan a las víctimas de la opresión; la transformación emancipadora comienza, por lo tanto, desde las propias prácticas en el presente, y no en un futuro de cambio estructural total” (p.16). Puesto que las dominaciones son múltiples, los autores señalan que la emancipación y la democratización son procesos abiertos e inconclusos. Además, los movimientos son en sí mismos procesos de aprendizaje, “laboratorios para la construcción de prácticas y relaciones sociales” para el mundo que quieren ver (p.17). Por su parte, Ramírez Sáiz (2017) argumenta que la acción colectiva es un elemento clave para la democracia, y que los movimientos y organizaciones sociales son fundamentales en la defensa, ampliación y creación de derechos. Analiza también cómo los movimientos sociales se organizan de forma autónoma frente al estado e impulsan demandas y cambios en una lógica desde abajo, por fuera de estructuras institucionales. Esta autonomía se vuelve fundamental para preservar la legitimidad de este tipo de organizaciones. Según este autor, las relaciones conflictivas y en tensión pueden también ser productivas en la elaboración de políticas públicas y llegan a tener impactos positivos en el conjunto de la sociedad.

Rovira Sancho (2018) documenta las reconfiguraciones recientes en las movilizaciones y describe cómo la estructura en red de las organizaciones sociales ha permitido que estas sean más flexibles y adaptables, que colaboren y se coordinen, así potencian su impacto social. Considera que no

hay una fórmula única para la emancipación, ni lineamientos diseñados de manera previa. Para esta autora, las redes sociales han tenido un impacto importante no solo en términos de la difusión de convocatorias de diversos colectivos feministas sino también en la forma en la que estos se organizan. Ella habla de multitudes conectadas, con estructuras horizontales y sin jerarquías. Plantea que la política de prefiguración, en contraste con la tradicional política de organización, es mucho más experimental, sin estructuras formales, bajo la ética de “hazlo tú misma”.

Pleyers (2018) coincide también en que los movimientos y organizaciones sociales no siempre tienen el objetivo de influenciar en las decisiones de los tomadores de decisiones, y sus impactos tampoco se reducen a la esfera institucional. Menciona, por ejemplo, que el movimiento feminista ha logrado transformar las subjetividades y formas de comportamiento de hombres y mujeres tanto en la vida cotidiana como en el espacio público. Hace referencia a movimientos como Occupy Wall Street o Yo Soy 132, que a partir de 2010 empezaron a cuestionar las democracias liberales, ocuparon plazas públicas, experimentaron la democracia participativa en procesos asamblearios y ensayaron nuevas formas de relacionarse. Estas organizaciones, sostiene Pleyers, integran vida privada y compromiso político, sus impactos más importantes no son medibles o contabilizables, pues tienen que ver con experiencias vividas, que dan sentido y que de manera eventual impactan la opinión pública sobre determinados temas.

Insiste en no reducir la comprensión de los movimientos sociales a las marchas y protestas, pues eso constituye solo la punta del iceberg. En cambio, invita a analizar las prácticas concretas y cotidianas, del aquí y el ahora, donde se materializa el carácter prefigurativo y performativo de los movimientos como productores de sociedad, al convertirse en espacios de experiencia y experimentación. Así, no solo se buscan cambios estructurales sino en la forma de pensar y en la práctica del día al día.

En el mismo sentido que Rovira, sostiene que la forma de organización en red, de manera descentralizada y con prácticas de horizontalidad caracterizan a muchas de estas organizaciones sociales. Esto se alinea con las críticas a los modelos jerárquicos de toma de decisiones, pues se busca una participación más democrática y la toma de decisiones colectiva. Por último, Pleyers resalta el carácter creativo e innovador de estas agrupacio-

nes, que utilizan diversas estrategias en ocasiones vinculadas a cuestiones artísticas, para comunicarse y conectar con la sociedad (Pleyers, 2018).

Para aterrizar nuestra discusión al caso de Guadalajara, podemos observar que diversos autores han abordado el estudio tanto de las organizaciones como de las alternativas ciudadanas que plantean (Aguirre & Sotelo, 2012; Alatorre, 2013). En 2014, un estudio sobre alternativas ciudadanas emergentes en Jalisco, elaborado por el entonces Centro de Investigación y Formación Social (CIFS) del ITESO, se propuso identificar, sistematizar y analizar proyectos ciudadanos que buscaran mejorar la calidad de vida en Jalisco (Luengo et al., 2014).

A manera de síntesis, el trabajo muestra aportes de estos colectivos en diversos ámbitos, como la sustentabilidad (educación ambiental, agricultura urbana y ecotecnologías), el desarrollo económico y social (cooperativas, redes de comercio justo y bancos de tiempo), la articulación del tejido social (proyectos enfocados en el desarrollo comunitario y las redes de apoyo y solidaridad), la reforma de instituciones públicas (transparencia y políticas públicas), la educación (dentro y fuera del sistema formal) y los proyectos integrales que se centran en la justicia social.

Estos esfuerzos son impulsados tanto por asociaciones civiles constituidas de manera legal, pero también por colectivos y redes informales. Así, entre el perfil de participantes que se encuentran en este estudio menciona agrupaciones conformadas por personas de distintos sectores, con participación mayoritaria de jóvenes y mujeres; con alcances que van desde organizaciones muy consolidadas hasta colectivos pequeños y de reciente creación. Se plantea también que una de las razones por las cuales se originan estas iniciativas es la ineficacia de las instituciones para resolver problemáticas, y que, como ya se había señalado, varias de ellas optan por no institucionalizarse en aras de mantener su autonomía (Luengo et al., 2014).

En los casos analizados, las redes sociales juegan un papel relevante tanto para comunicar como para articular las iniciativas, ya sea de manera informal o bien como redes temáticas. En cuanto a la relación con las instituciones públicas, también se señala que en algunos casos se busca interactuar con instituciones de gobierno e influir en políticas públicas, pero también se reconoce que muchas de estas alternativas ciudadanas prefieren mantenerse a distancia y conservar su independencia. En cuanto

a la sostenibilidad de estos proyectos, se reconoce que hay un desafío importante en términos de los recursos, ya que muchas dependen de trabajo voluntario y autofinanciado. La publicación muestra el panorama que existía en 2014 en torno a una red de iniciativas ciudadanas con proyectos orientados a construir una sociedad más justa y sustentable en Jalisco.

Por su parte, Bautista, Peralta y Pérez (2015) estudian el empoderamiento y conflictividad en organizaciones en Jalisco enfocado en tres ámbitos: ciclistas por la movilidad urbana, colectivos por derechos sexuales y colectivos por defensa del espacio público. Aunque este estudio incluye organizaciones constituidas de manera formal, también alude a agrupaciones que no están constituidas de forma legal como asociaciones civiles, y en coincidencia con lo que se planteó con anterioridad, no tienen una estructura centralizada y jerárquica, sino que se organizan de forma horizontal y toman decisiones por consenso. Uno de los motivos de conflicto es, de forma precisa, el dilema entre la institucionalización, que permitiría el acceso a recursos, y la búsqueda de autonomía. En muchos casos, se opta por mantener el carácter informal.

Las organizaciones que de manera deliberada eligen no buscar reconocimiento legal ni financiamiento público muchas veces consideran que formalizarse podría tener implicaciones en sus principios y objetivos, o en su discurso crítico, por lo que prefieren optar por actuar fuera del ámbito institucional, lo que les permite mayor libertad de acción (Alonso, 2024). Una situación distinta, pero que también podemos observar en el ámbito de las organizaciones sociales, son aquellas organizaciones que sí quieren constituirse de manera legal, pero no cuentan con las condiciones para hacerlo, pues el proceso para registrarse como asociación civil implica recursos económicos y una serie de pasos legales y burocráticos para hacerlo posible.

El estudio de Bautista, Peralta y Pérez (2015) coincide en los análisis que muestran algunas de las dificultades que enfrentan las agrupaciones fuera del ámbito institucional. Un primer elemento, como ya hemos visto, es la falta de recursos y la dependencia de los tiempos disponibles de estas organizaciones, a diferencia de las asociaciones civiles que pueden tener personal remunerado para la realización de las actividades. Esta misma situación deriva en complicaciones con la comunicación y el seguimiento de acuerdos, y plantea un dilema entre el trabajo autónomo y la eficiencia

en la realización de las actividades planteadas bajo una estrategia consolidada a mediano y largo plazo.

A pesar de esto, los autores resaltan que este tipo de organizaciones son clave para generar conciencia social y promover la participación ciudadana en la defensa de derechos y causas, que llegan a incidir en la agenda pública; por ejemplo, los paseos y manifestaciones ciclistas que de manera eventual llevaron a la construcción de ciclovías y cambios de paradigma en la movilidad urbana.

A través de la autogestión y la movilización, se van adquiriendo capacidades para la participación efectiva en el ámbito público. Estas organizaciones descentralizadas, horizontales y flexibles fomentan lógicas assemblearias donde se escuchan las voces y opiniones de quienes integran los colectivos y las decisiones son tomadas por consenso, de manera democrática. Conscientes de sus limitaciones, buscan generar alianzas con otros colectivos con quienes tienen luchas comunes y confianza política para tener un mayor impacto social.

DOS LÓGICAS DIFERENCIADAS: ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES Y MOVIMIENTOS

La sección anterior nos permite plantear que la sociedad civil organizada trabaja en lógicas diferenciadas, y en algunos casos complementarias. Aunque sabemos que en algunos casos las ONG también pueden compartir aspectos de movimientos sociales como la militancia, que implica la participación activa con una causa, una característica que les diferencia es la profesionalización y búsqueda de financiamientos que permitan tener condiciones económicas para sostenerse, lo cual es casi imposible sin la figura legal de asociación civil. En cambio, los colectivos informales tienen una lógica militante o de movimiento, con un foco importante en la autonomía. El trabajo que pueden realizar depende de los tiempos disponibles que las personas que integran el colectivo y deciden por voluntad propia invertir en dicho esfuerzo.

Como muestra Nuckols (en este volumen), muchas organizaciones buscan incidir en la agenda y políticas públicas, así como empoderarse como actores públicos que promueven la transformación social. Sin embargo, como ella misma plantea, algunas organizaciones no solo buscan influir

en el estado, sino fortalecer su capacidad de actuación de manera independiente. En ese sentido, las organizaciones que no están constituidas de manera formal también promueven procesos formativos tanto para sus integrantes como para el público en general; de manera autogestiva organizan charlas, festivales o talleres, con poco o ningún presupuesto y sin cobrar por su trabajo.

El proceso de conformación de este tipo de organizaciones es de abajo hacia arriba, responden a un contexto específico y a las necesidades de quienes las integran. En el camino, se van forjando relaciones de confianza y solidaridad, construyen vinculaciones afectivas, aunque no ausentes de conflictos. Los colectivos priorizan su propio ritmo y acciones de acuerdo con sus recursos, ya que no tienen que rendir cuentas por financiamientos externos. Esta autonomía les permite también actuar según sus ideales, sin estar sujetos a las lógicas y exigencias de la cooperación internacional o de agencias financiadoras. Promueven relaciones horizontales y no jerárquicas, procuran la participación de todas las personas involucradas en las diversas tareas e iniciativas del grupo, y se alejan de estructuras de organización tradicionales con roles definidos de manera clara. La articulación en redes para coordinar acciones y generar impacto es otra característica clave de estas iniciativas.

Utilizan las redes sociales para comunicar sus actividades y mensajes de manera amplia, pues al ser tecnologías accesibles y económicas son una vía importante para conectar con la ciudadanía. En cambio, aunque las ONG también usan redes sociales, suelen tener una lógica de comunicación más institucionalizada y dirigida a un público en específico. Los colectivos dedican también mucho de su tiempo a atender invitaciones para programas en radio, charlas en escuelas a distintos niveles e inclusive algunas participan en ejercicios de gobernanza ciudadana impulsados por los gobiernos, aunque no sea ese el foco de su trabajo. En muchos casos, el interés fundamental se centra en experimentar esas formas de relacionarse y actuar que reflejan sus aspiraciones de cambio, potenciar las capacidades de las personas para defender sus derechos y participar de manera colectiva en la construcción de lo público.

La independencia política y económica es un tema fundamental para actuar con libertad y flexibilidad, por lo que sus actividades son autofinan-

ciadas o a través de donativos que no comprometan su trabajo con alguna empresa, partido político o el propio estado. Es de manera precisa por esta crítica a la partidización de la política que muchas de estas organizaciones se alejan de iniciativas que legitiman procesos de supuesta participación ciudadana, pero donde no queda claro cómo dicha participación tuvo un impacto en la toma de decisión o política pública (véase, por ejemplo, Nuckols en este volumen).

Si tomamos la definición de ciudadanía de Hanna Arendt, el derecho a tener derechos y la participación activa en la vida pública, este tipo de espacios generan procesos formativos que contribuyen a la construcción de ciudadanía, y valoran los conocimientos tanto de quienes las integran como los que se van generando de manera colectiva. Como ya se ha planteado, la experiencia compartida y la experimentación se vuelve central, y es a través de la participación en estos espacios que se contribuye a la formación de personas críticas y dispuestas a tomar acción para construir sociedades más justas y democráticas.

Una diferencia también importante en términos de las asociaciones civiles y los colectivos es el tiempo disponible para poner en marcha las acciones e iniciativas. Como ya se mencionó, el trabajo en los colectivos no representa una fuente de ingreso, sus integrantes pueden ser estudiantes o tener empleos profesionales en ámbitos muy distintos, lo que significa que solo pueden dedicarle energía durante su tiempo libre. Si bien la independencia económica permite flexibilidad y autonomía, la ausencia de recursos económicos puede convertirse en un reto para la sostenibilidad a largo plazo de este tipo de organizaciones y colectivos, sobre todo para aquellas que buscan tener un espacio propio para el encuentro y las actividades que convocan.

Otra dificultad es que, al no tener puestos o roles definidos de manera clara, la coordinación y los procesos de toma de decisión pueden volverse lentos o confusos. Como en cualquier espacio, también se dan conflictos que, sin mecanismos adecuados para hacerles frente, pueden llevar a desencuentros y rupturas que desmovilicen el trabajo colaborativo. Por último, uno de los principales retos es mantener colectivos a largo plazo, ya que las personas pueden entrar y salir, y la precarización de la vida hace cada vez más difícil tener tiempo disponible para dedicarlo a la organización autogestiva.

DOS EXPERIENCIAS DE ORGANIZACIÓN NO INSTITUCIONAL EN GUADALAJARA: FEMIBICI Y LA RED FEMINISTA #YOVOY8DE MARZO

Como se planteó en la introducción de este capítulo, no se pretende abordar la complejidad de organizaciones y colectivos en Guadalajara que podrían enmarcarse en las características descritas en las secciones anteriores. En cambio, en este último apartado, quisiera retomar dos experiencias que he seguido de cerca, tanto en términos analíticos como por mi propia implicación en estos espacios.

Comenzaré con el ejemplo de Femibici, un colectivo de mujeres ciclistas que desde 2010 se encuentra activo en la ciudad. En un artículo anterior, analizamos cómo surgió este espacio (Coyotecatl & Díaz, 2018) en el contexto del auge de grupos ciclistas y por el derecho a la ciudad, como Ciudad para Todos y Guadalajara en Bici. En su tesis de maestría, Salcedo (2016) documenta cómo se fue construyendo una cultura de movilidad urbana sustentable en la ciudad a través de distintas acciones, como paseos nocturnos, charlas y congresos locales y nacionales, difusión de eventos e información clave en redes sociales. Esto puede verse como un ejemplo de cómo las organizaciones van generando conciencia social en torno a problemáticas como la movilidad urbana, sin tener siempre como interlocutor al estado. Es de forma precisa en uno de estos espacios, el Congreso Nacional de Ciclismo Urbano en Guadalajara, en septiembre de 2009, que coincidimos varias de las mujeres que fundamos el colectivo.

Femibici surge en 2010, a raíz de una preocupación en torno a la brecha de género en la participación y liderazgos de mujeres en el activismo ciclista. El colectivo fue identificando obstáculos que, desde su perspectiva, limitaban la incorporación de más mujeres en los movimientos que impulsaban la movilidad sustentable. El objetivo era posicionar el cruce entre género y movilidad sustentable con actividades como paseos en bicicleta, biciescuelas para enseñar a andar en bicicleta a más mujeres y el aporte de análisis feministas en los colectivos ciclistas mixtos. Estas actividades se relacionan con lo que argumentan Bautista, Peralta y Pérez (2015) cuando refieren que las organizaciones de la sociedad civil (OSC) son generadoras de conciencia social y promotoras de participación ciudadana para la defensa de sus derechos. La bicicleta se reivindicaba como

una herramienta para la emancipación de las mujeres, que permitía generar espacios de encuentro, toma de conciencia y fortalecimiento de lazos entre mujeres que compartían sus experiencias como ciclistas. Aunque se llegó a discutir, el colectivo no se pensó como una organización formal, pero sigue realizando actividades quince años después.

Femibici se constituyó con una docena de mujeres, algunas aún universitarias y otras al inicio de su trayectoria profesional, con formaciones multidisciplinarias: ingeniería ambiental, comunicación, trabajo social, ciencias políticas, enfermería, etc.; todas se sumaron a las actividades en sus tiempos libres. Para las integrantes de esta organización, la bicicleta era un pretexto para tejer, avanzar en transformaciones personales y sociales, y desde ahí contribuir al debate sobre movilidad sustentable y construcción de ciudades más justas e incluyentes. En línea con lo que señalan Martínez y Casado (2013), el aporte está en los procesos emancipatorios y descentrar el involucramiento con el ámbito institucional.

En este sentido, Femibici ha organizado a lo largo de estos años paseos ciclistas que se convierten en espacios de reflexión y concientización, que al mismo tiempo se vuelven momentos para experimentar cómo se siente la movilidad fuera de los transportes motorizados, en un entorno más seguro. Ver a un grupo de mujeres en bicicleta es también un mensaje para quienes se desplazan en la ciudad: las calles y la ciudad se comparten. Estas experiencias prefigurativas se convierten en lo que Martínez et al. (2012) referían como laboratorios de construcción de prácticas y relaciones sociales del mundo que se desea.

Los paseos abordan temas que interesa discutir de manera colectiva, como por ejemplo el acoso sexual, las sexualidades diversas, las maternidades elegidas, las luchas de las mujeres en defensa de sus territorios, las iniciativas de organizaciones aliadas como la Red Nacional de Ciclismo Urbano, y esfuerzos locales que se busca difundir y apoyar, como alternativas de producción y consumo o espacios culturales comunitarios. Así, contribuyen a la formación de conciencia crítica entre quienes participan en estas actividades.

La organización del paseo es también una estrategia para que más mujeres se sientan confiadas y tomen roles de liderazgo que en paseos ciclistas mixtos —y debido a la naturalización de los roles de género— suelen estar más centrados en los compañeros: hacer oír la voz propia en el espacio pú-

blico, guiar la ruta, bloquear las calles para cuidar el paso del contingente ciclista, circular hasta el final para asegurarse de que nadie se quede atrás o resolver temas de mecánica básica de bicicletas. Estos son ejemplos concretos de cómo se va generando conciencia y se van transformando poco a poco las relaciones interpersonales. Hemos visto cómo las compañeras se van sintiendo más cómodas en roles protagónicos y, al mismo tiempo, su voz y aporte va ganando más legitimidad en los espacios mixtos.

Otra de las actividades que promueve Femibici es la Biciescuela para mujeres. Esta iniciativa surge al darnos cuenta de que muchas mujeres no tuvieron la oportunidad de aprender a andar en bici en su infancia o dejaron de practicarlo durante la adolescencia. La técnica que se utiliza se centra en acompañar y brindar confianza, con ejercicios de balance y seguridad, que ayuden a trabajar la vergüenza y los miedos asociados a caerse o tener un accidente en la bicicleta. Una vez que se sienten seguras en el pedaleo, pueden unirse a alguno de los paseos para que sigan practicando las habilidades adquiridas y encuentren una comunidad que las acompañe en el proceso.

También están las articulaciones con organizaciones aliadas e iniciativas compartidas: caminatas barriales con auditorías de género, actividades a favor de los derechos peatonales, campañas de seguridad vial y para exigir mayor presupuesto en infraestructura para la movilidad no motorizada como la construcción y defensa de ciclovías (por ejemplo, con la consulta de la ciclovía Marcelino García Barragán o en Avenida Guadalupe, cuya construcción estaba en disputa). En algunas ocasiones, el colectivo se ha sumado a ejercicios de gobernanza local, como fue el caso de la Ley de Movilidad, Seguridad Vial y Transporte aprobada de manera reciente (véase el capítulo de Nuckols en este libro).

En estos espacios de colaboración, se fomenta un clima libre de violencia sexista y de discriminación por sexo, orientación sexual o identidad de género. La representación y vocerías en distintos espacios es rotativa, pues eso va creando capacidades y confianza entre las integrantes del colectivo. Esto concuerda con lo que plantea Rovira (2018) en torno a las prácticas más prefigurativas y descentralizadas. Es importante señalar, en coincidencia con los hallazgos de Bautista, Peralta y Pérez (2015), que uno de los desafíos permanentes que tenemos es encontrar los tiempos para sostener las actividades y responder a las múltiples invitaciones y

demandas, puesto que todas las integrantes combinan trabajo remunerado, no remunerado y comunitario.

Abordo de manera breve un segundo ejemplo, la Red Feminista #YoVoy8deMarzo, que ha convocado a las multitudinarias manifestaciones feministas en torno al 8 de marzo de los últimos años en Guadalajara. Esta red se fundó en 2013, con el objetivo de articular esfuerzos colectivos e individuales para impulsar la agenda feminista en la ciudad. Su surgimiento coincide con un momento de recrudecimiento de la violencia en el país y en el estado de Jalisco, en particular de la violencia contra las mujeres y los feminicidios (Díaz, 2017).

Como mostramos en otro artículo (Díaz, Larios & Correa, 2022), esta red se ha constituido como el núcleo organizativo de las convocatorias al paro de mujeres en Guadalajara y las marchas feministas del 8 de marzo, que en sus últimas ediciones han sumado a más de 50 mil mujeres en las calles de Guadalajara. Las redes sociales @YoVoy8deMarzo permiten tener una plataforma de comunicación activa que difunde llamados a la acción en torno a fechas clave como el 28 de septiembre, Por el Derecho a Decidir, y el 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres. Difunde también llamados a la movilización de familias que buscan personas desaparecidas y que exigen justicia en casos de feminicidio.

Es a través de asambleas previas al 8 de marzo donde se discute los elementos del llamado a la movilización, se decide sobre la ruta y orden de contingentes, y se organizan las diversas comisiones para sacar adelante el trabajo de preparación necesaria antes y después de la manifestación, como por ejemplo la comunicación, la seguridad, la logística y la vinculación (con otras luchas y sobre todo con familias de personas desaparecidas). Cualquier feminista es bienvenida al espacio de la asamblea, excepto si participa en algún partido político, pues hay un distanciamiento con respecto al estado.

En 2024, el lema de la marcha fue “Florecemos desde las resistencias”, y en su pronunciamiento final se hizo énfasis en los cruces y articulaciones de la agenda feminista con agendas más amplias:

con las familias de personas desaparecidas, víctimas de feminicidio y transfeminicidio, con las disidencias, las personas trans, las personas

con discapacidad, las infancias, las adolescencias, las maternidades, lxs cuidadorxs, lxs trabajadorxs sexuales, las personas gestantes y todas las mujeres que buscan reconstruirlo y cambiarlo todo. En medio de la guerra contra la vida, en medio del genocidio contra el pueblo de Palestina. Exigimos un alto a todas las violencias, un alto a la impunidad política, un alto a la indiferencia institucional y de Estado (Souza, 2024).

Aunque es posible que algunas de las participantes en la asamblea pertenecan a alguna asociación civil vinculada a la causa feminista, la gran mayoría de quienes realizan el trabajo organizativo lo hacen desde colectivas y articulaciones no formalizadas, que suelen ser bastante críticas y desconfiadas hacia el aparato estatal. Los recursos para la manifestación son autogestionados y aunque se puedan designar algunas voceras en momentos particulares, no existe un liderazgo centralizado. Las decisiones se toman en asamblea y procuran las prácticas horizontales y la toma de decisiones por consenso.

Como se ha planteado con anterioridad, estos espacios están también atravesados por conflictos, que en algunos casos han llegado a generar rompimientos. El desafío de encontrar los tiempos para la organización, así como el cansancio que genera sostener este trabajo está siempre presente. Sin embargo, son ya diez años de que la Red Feminista #YoVoy8deMarzo se mantiene como un espacio articulador para los diversos feminismos de Guadalajara, con recursos mínimos, pero con un acumulado de aprendizajes que han ido pasando a las nuevas generaciones del activismo feminista local y que de manera eventual van impactando en la opinión pública sobre determinadas problemáticas.

A partir de estos dos ejemplos, recupero algunas reflexiones en torno a la importancia y aportes tanto de Femibici, como de la Red Feminista #YoVoy8deMarzo, para la construcción de ciudadanía fuera del ámbito institucionalizado. En primer lugar, Femibici surge de la preocupación por la brecha de género en la participación y liderazgos femeninos en el activismo ciclista. Su objetivo principal ha sido posicionar el cruce entre género y movilidad sustentable, y enfatiza en las transformaciones culturales. Así, el colectivo reivindica la bicicleta como una herramienta para la emancipación de las mujeres, con la cual se crean espacios seguros de encuentro, toma de conciencia y fortalecimiento de lazos.

Más allá de la movilidad, contribuyen al debate sobre la construcción de ciudades más justas e incluyentes. Como ya se mencionó, estas acciones prefiguran prácticas y relaciones sociales del mundo que se desea, y se genera conciencia social en torno a problemáticas urbanas sin necesidad de interactuar con el estado.

Quince años después, Femibici sigue activa a pesar de no estar constituida como una organización formal. Los paseos ciclistas han fungido como espacios para la reflexión y toma de postura sobre temas como el acoso sexual, las sexualidades diversas, las maternidades elegidas y las luchas por la defensa territorial. Al mismo tiempo, la propia organización de los espacios permite que más mujeres sientan confianza y asuman roles de liderazgo, con lo cual se transforman poco a poco las relaciones interpersonales. De la misma manera, la Biciescuela ha brindado confianza y seguridad a aquellas mujeres que no tuvieron la oportunidad de aprender a andar en bici, para superar el miedo o la vergüenza, y que encuentren una comunidad que las acompañe en tomar la bicicleta como un medio de transporte. Entre los aportes también están las transformaciones socioculturales a través de caminatas barriales con auditorías de género, campañas de seguridad vial y defensa de ciclovías, e incluso la participación en ejercicios de gobernanza local, como la aprobación de la ley de movilidad.

Por su parte, la Red Feminista #YoVoy8deMarzo se ha consolidado como un núcleo organizativo de las multitudinarias manifestaciones feministas del 8 de marzo en Guadalajara, que convoca a más de 50 mil mujeres en las calles. No solo se convoca en las fechas clave para el movimiento feminista, sino que se articula con otras causas, por ejemplo, la de las madres que buscan personas desaparecidas. La red ha impulsado una agenda feminista amplia e interseccional, desde un planteamiento autónomo con respecto al estado. La capacidad de la red para mantenerse como un espacio articulador para los diversos feminismos de Guadalajara por una década, con recursos mínimos y sin una organización institucionalizada, ha generado un cúmulo de aprendizajes que impactan la opinión pública y se transfieren a nuevas generaciones de activistas.

En síntesis, tanto Femibici como la Red Feminista #YoVoy8deMarzo son algunos ejemplos de la potencia de la sociedad civil organizada fuera de los estándares institucionales en Guadalajara. A través de sus dinámicas

descentralizadas, horizontales y autogestionadas, han logrado generar conciencia social, empoderar a mujeres, promover la participación ciudadana y tejer redes de apoyo. Sus aportes no solo transforman la realidad local en términos de movilidad y derechos de las mujeres sino que también prefiguran un mundo más justo e incluyente, y muestran cómo la acción colectiva genera cambios sociales.

CONCLUSIONES

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, las organizaciones sociales (formales e informales) desempeñan un papel crucial en la promoción de derechos humanos, la participación ciudadana, la democratización de las sociedades y la exigencia de justicia. A pesar de los obstáculos que enfrentan, su capacidad de organización autónoma, su independencia y su enfoque en procesos formativos las convierten en actores clave en la transformación social. Es fundamental reconocer su trabajo y fomentar condiciones que permitan que se sostengan a través del tiempo, lo cual no significa que tengan que convertirse en asociaciones civiles institucionalizadas, pues como ya fue planteado tienen lógicas de acción distintas. Estos espacios ponen su foco en la transformación de las prácticas personales y colectivas, laboratorios para ensayar prácticas y relaciones sociales no jerárquicas.

Frente a las lógicas individualistas y de consumo, permitir experimentar la organización social para resolver cuestiones públicas de manera creativa e innovadora, con sus aciertos y sus dificultades, es ya en sí un aporte relevante de estos espacios para la construcción de ciudadanía. Cierro esta reflexión haciendo eco de las palabras del escritor uruguayo Eduardo Galeano:

Son cosas chiquitas. No acaban con la pobreza, no nos sacan del subdesarrollo, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá desencadenen la alegría de hacer, y la traduzcan en actos. Y, al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable.

REFERENCIAS

- Aguirre, J. & Sotelo, M. P. (2012). *Organizaciones de la sociedad civil en la Zona Metropolitana de Guadalajara: capacidades, necesidades y entorno Corporativa de Fundaciones A.C.* <https://bit.ly/3OO6eFp>
- Alatorre, F. (2013). *La Zona Metropolitana de Guadalajara: sus movimientos ciudadanos, tendencias y retos*. Red Mexicana de Investigadores/Juan Pablos Editor.
- Alonso, J. (2013). *Repensar los movimientos sociales*. Ciesas.
- Alonso, J. (2024). *Movimientos sociales. Propuestas y perspectivas para su estudio*. Ciesas.
- Álvarez, S. E. (1998). Latin American feminisms “go global”: Trends of the 1990s and challenges for the new millennium. En S. E. Álvarez, E. Dagnino & A. Escobar (Eds.), *Cultures of politics/politics of cultures: Re-visioning Latin American social movements* (pp. 293–324). Westview Press.
- Bautista, J., Peralta, C. & Pérez, G. (2015). *Conflictividad y empoderamiento en agrupaciones sociales contemporáneas*. ITESO.
- Coyotecatl, J. & Díaz Alba, C. (2018). Femibici: Experiencias y reflexiones feministas. *Ciudades*, No.119, 47–56.
- Díaz Alba, C. (2017). Feministas en movimiento. La red #YoVoy8deMarzo. En G. Pleyers & M. Garza Zepeda (Coords.), *México en movimientos. Resistencias y alternativas*. Porrúa/Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Díaz Alba, C., Larios, S. & Correa, J. (2022). Luchas feministas en Guadalajara: apuestas y tensiones. *La ventana. Revista de estudios de género*, 6(55), 278–304.
- Escobar, A. (1995). *Encountering development: The making and unmaking of the Third World*. Princeton University Press.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2017). *Horizontes comunitario–populares: Producción de lo común más allá de las políticas estatales*. Traficantes de Sueños.
- Luengo–González, E. (Coord.) (2014). *Las alternativas ciudadanas emergentes en Jalisco. Complexus 5, Cuadernos de Avances del Centro de Investigación y Formación Social*. ITESO.
- Martínez, Z., Casado, B. & Ibarra, P. (2012). Movimientos sociales y procesos emancipadores. *Cuadernos de trabajo Hegoa*, (57).

- Martínez, Z. & Casado, B. (2013). Acerca de opresiones, luchas y resistencias: movimientos sociales y procesos emancipadores. *Cuadernos de Trabajo Hegoa*, (60), 1-64.
- Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Clacso.
- Ramírez Sáiz, J. (2017). Tres teóricos, tres movimientos sociales alternativos y la construcción sociopolítica. *Intersticios Sociales*, No.13.
- Rovira, G. (2018). El devenir feminista de la acción colectiva: las redes digitales y la política de prefiguración de las multitudes conectadas. *Teknokultura*, 15(2), 223-240.
- Salcedo, Y. (2016). *Pedaleando hacia una ciudad cicloinclusiva*. ITESO. <http://hdl.handle.net/11117/3791>
- Souza, D. (2024, 9 de marzo). *Frente a las violencias “juntxs florecemos desde las resistencias”: #8M en Guadalajara*. <https://bit.ly/3OZsgF3>